

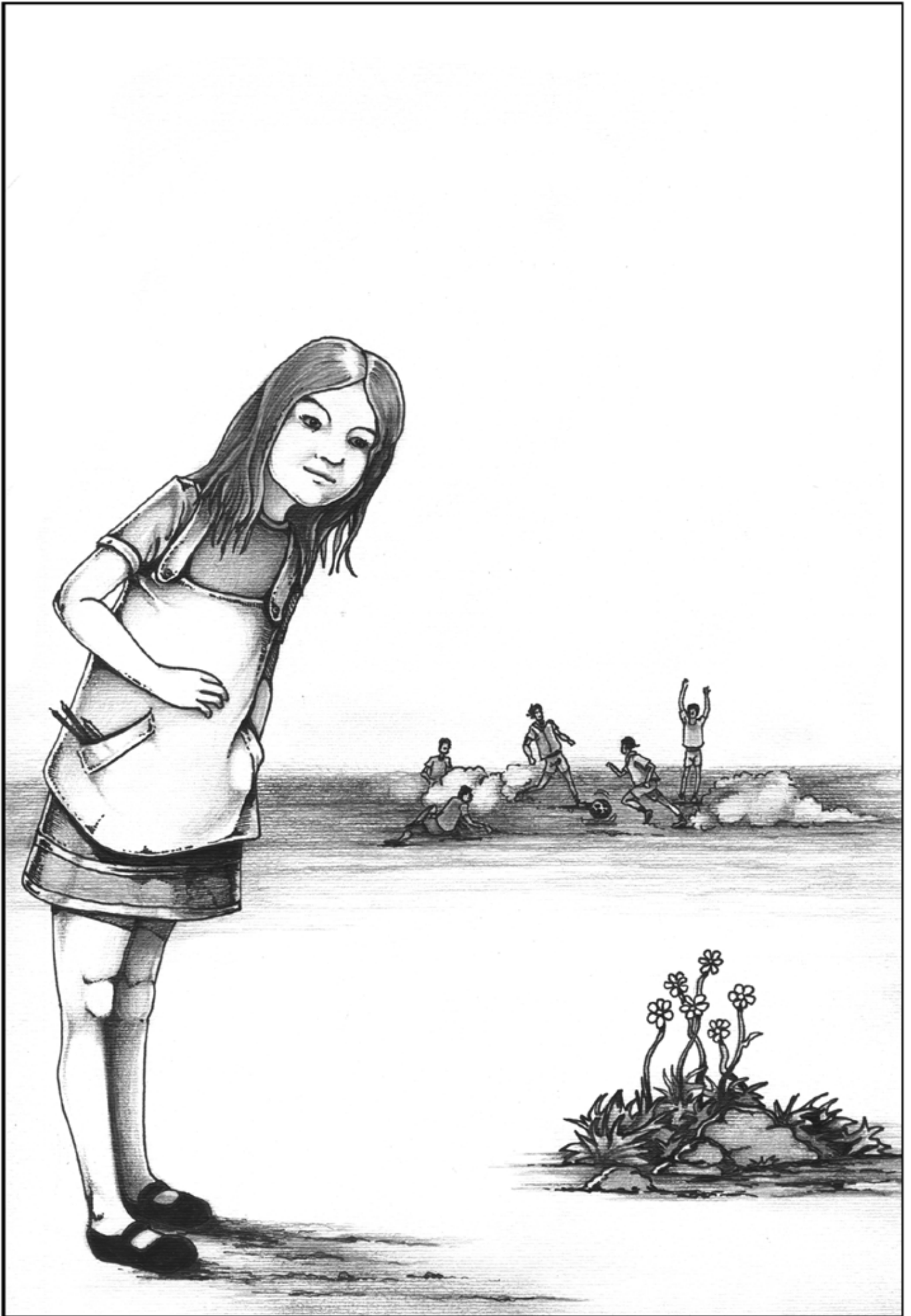
## III SEGUNDO VIAJE: NURIA

SIEMPRE ME HA ENCANTADO pasear pero desde que conocía a Miguel, mi afición había quedado algo resentida. Él era capaz de caminar durante horas sin mostrar el menor síntoma de cansancio. En mi caso, empezaba a notarlos pasada la primera hora y, a partir de entonces, los manifestaba en el primer minuto. Esto debía conmoverle de algún modo porque nunca tenía que quejarme dos veces, con una bastaba para emprender el regreso al punto de partida. Para mí, el del esperado descanso.

En aquella ocasión volvíamos al hotel atravesando el casco viejo de la ciudad. Recuerdo que me llamó la atención un antiguo colegio en cuyo patio jugaban unos niños alegremente. Debía ser la hora del recreo. Ya lo habíamos pasado de largo cuando mi amigo me dijo:

—Espere un momento.

Volvió sobre sus pasos, se detuvo frente a la verja del edificio y se agachó. Parecía decirle algo a alguien. Quise saber lo que ocurría y me dirigí hacia él. Cuando llegué, pude verle hablando con una niña que se encontraba sola, apartada de los demás. No debía tener más de seis años y vestía un mandil azul con dos grandes bolsillos blancos. De uno asomaban varios lápices de colores y en el otro descansaba



su mano izquierda. Con la derecha sujetaba una flor, una margarita:

—¿Te gustan las flores? —le preguntó Miguel sonriéndole—.

—Mucho.

—¿La estás preguntado si tu novio te quiere?

—¿Cómo? —preguntó sorprendida—.

—Es un juego. Arrancas un pétalo y dices: “Me quiere”, arrancas otro y dices: “No me quiere”. El último te dirá lo que él siente por ti.

—Qué pena. Yo no le haría daño a mi flor y además... no puedo jugar a eso.

—¿No puedes? ¿Por qué?

La niña movió su brazo izquierdo para sacarlo del bolsillo y nos lo enseñó. Le faltaba la mano.

Recordando después lo sucedido, me di cuenta de algo que en ese momento no reclamó mi atención. La actitud de mi amigo permaneció intacta ante aquella visión. Ningún síntoma de repulsión, ni siquiera de sorpresa, se dejó notar en su ánimo. Si acaso éste se mostró en algo afectado fue por la ternura que cobró el tono de su voz cuando, acariciando el pelo de la niña, dijo mirándola afectuosamente:

—¿Cómo te llamas?

—Nuria.

—¿Sabes que me estoy acordando de un cuento que escuché cuando era pequeño? A lo mejor te gustaría que te lo contara.

—¿Un cuento? ¿De qué?

—De bosques y montañas, de un invierno muy frío y de un pequeño animal.

Desde que llegamos a esa verja la niña apenas había levantado la mirada del suelo. Al oír aquello se le abrió una sonrisa que hizo de su carita un precioso redondel y dijo:

—Sí, cuéntamelo.

—Pues verás:

*Hace tiempo, en los bosques de la Selva Negra, muy lejos de aquí, una manada de ciervos abandonaba las montañas para ir en dirección al valle. La llegada del invierno estaba cerca y ya no quedaría allí arriba nada que comer cuando la nieve lo cubriera todo.*

*Entre ellos había una pequeña cría que siempre estaba sola. Existía una razón: una de sus patas era más corta que las otras. A pesar de ser preciosa, a pesar de tener un corazón repleto de bondad, ella se sentía tan distinta que, poco a poco, fue alejándose de todos hasta quedarse en completa soledad.*

*Aquellos viajes eran largos y cansados y aunque podía caminar, lo hacía un poco más despacio que el resto de la manada.*

*Su madre la esperaba siempre para evitar que se perdiera, pero un día la pequeña se distrajo demasiado con unas margaritas que encontró al pie de un árbol. Estuvo horas contemplándolas, tantas que cuando alzó la vista y miró a su alrededor, se había hecho de noche.*

*Su corazón se detuvo. Ella sólo había visto aquella oscuridad desde el regazo de su madre, cuando tardaba unos minutos en cerrar los ojos antes de dormir.*

*De repente, notó que hacía más frío, soplaba más viento. Notó que sentía hambre, tenía miedo.*

*Corrió en busca de las huellas que habría dejado la manada en su camino pero aquella era una noche sin luna y le fue imposible encontrarlas.*

*Volvió al árbol como pudo y se acostó entre dos raíces que asomaban por encima de la tierra. Le pareció que allí tumbada, sin moverse, estaría protegida de los lobos como lo estaba cuando dormía entre los brazos de su madre.*

En ése momento, una monja apareció en el patio llamando a los niños para volver a la clase.

—Bueno, tienes que irte. ¿Quieres que venga mañana y te cuente cómo sigue?

—Sí, por favor, ven.

—De acuerdo, te lo prometo. Estaré aquí a la hora del recreo. Hasta mañana, pequeña.

La niña nos dijo adiós y se marchó. En su camino miró varias veces hacia atrás, moviendo su manita para despedirse. Cuando por fin entró en el edificio pude ver algo que me sobrecogió. En la fachada, unas letras lo decían claramente, no era un colegio, era un orfanato.

—¿Ha visto usted lo que es? —pregunté—.

—Sí, lo acabo de ver.

—¿Qué pena, verdad? Si pudiéramos hacer algo por ella...

—Bueno, por lo menos mañana tendrá una razón para salir al recreo.

—¿Será suficiente?

—Para ella sí, pero me temo que para nosotros no.

Tenía razón, para los niños es más fácil fijar un punto en el horizonte y clavar en él su ilusión, sin tener miedo a lo que habrá más allá. Pero nosotros sabíamos que sólo íbamos a estar allí tres días más y, francamente, la idea de abandonarla nos ensombrecía el ánimo.

A la mañana siguiente ya estábamos esperándola frente a la verja. Yo había decidido incorporarme a esos encuentros porque, a pesar de no tener parte implicada en la ilusión de la niña, el solo hecho de presenciarla ya era para mí una razón.

Pasados unos minutos, se empezó a escuchar el griterío. El recreo acababa de empezar. Como cabía esperar en una niña tan solitaria, ella salió la última y sorteando los pequeños grupos que hacían sus compañeros para jugar, llegó por fin hasta nosotros.

—Hola.

—Hola Nuria —contestamos a la vez—.

—¿Cómo estás?

—Bien —respondió con un tono algo tímido, pero sin duda, menos apagado que el del día anterior— ¿Te acuerdas de lo que me prometiste?

—Claro, para eso he venido. Vamos a ver, ¿Dónde lo dejamos?

—Ella se durmió al pie de un árbol.

—¡Ah, sí!, pues verás:

*Allí siguió, acostada en aquel árbol y pasaron tantos días que el hambre y el frío ya no la dejaban apenas moverse. Ella recordaba lo que su madre le decía siempre: “si alguna vez te pierdes, quédate en el sitio donde te has perdido y yo te encontraré”. Pero no pasaba nada, no venía nadie.*

*Fue un atardecer, a la hora en la que las últimas luces del sol colorean las montañas de rojo, cuando escuchó cómo unas ramas se quebraban al ser pisadas contra el suelo. Alguien se acercaba. Por un momento, la pequeña sintió una gran alegría.*

*—Por fin mi madre me ha encontrado —pensó—.*

*No podía ver bien. Estaba demasiado débil, pero aquella figura que asomaba entre los arbustos se aproximaba cada vez más y más, hasta que se acercó tanto que pudo sentir su respiración en la cara. Era un lobo.*

*Notó un frío intenso en su pequeño cuerpo pero éste era distinto, no estaba fuera sino dentro. No podía correr, ni siquiera gritar, ya no le quedaban fuerzas. Entonces cerró los ojos y escondió su cabeza entre las patas esperando lo peor. Sin embargo, pasaron los minutos y no se oía un ruido, no ocurría nada. Se armó de valor y alzó la vista para ver lo que pasaba.*

*Aún seguía allí, observándola, sin hacer un movimiento y así estuvo un rato hasta que se dio la vuelta y se marchó.*

*Ella respiró por fin. Había salvado la vida. Pero cuando parecía que ya todo estaba en paz, de nuevo una figura oscura salió de entre la maleza. Ahora sí lo reconoció. El lobo había regresado.*

*Esta vez traía algo entre los dientes. Eran unas bayas. Se acercó, inclinó su cabeza hacia el suelo y las depositó al lado de ella.*

*—Estás muy débil. Cómetelas.*

*Era muy extraño, nunca había oído hablar de una situación así. Sabía que siempre que viera un lobo debía correr o esconderse. Pero, aunque ahora no podía hacer nada de eso, tampoco parecía necesario.*

*—S... Sí —contestó asustada—.*

*Las miró y pasados unos segundos, decidió que si el lobo hubiese querido comérsela lo habría hecho ya y, desde luego, no le habría traído aquellos frutos. Por fin empezaba a desaparecer el miedo.*

*—Toma, para ti —dijo ella apartando la mitad del montón y ofreciéndoselo al lobo—.*

*Él lo miró, luego a ella y contestó:*



- Cómetelo todo. Yo no como eso.*  
–*¿Qué comes tú?*  
–*Yo me como a otros lobos.*  
–*¿Te comes a tus hermanos?*  
–*A mis hermanos no, a mis enemigos.*  
–*Pero son de tu propia sangre.*  
–*Me como a los malos, a ninguno más.*  
–*Aún así. ¿Es que te gusta causar daño?*  
–*No, sólo quiero evitar el que ellos causan.*  
–*¿Ellos... quiénes?*  
–*Los que abusan de su fuerza, los que matan por placer.*  
–*¿Esos existen?*  
–*Sí.*  
–*¿Y todos son así?*  
–*No, sólo unos pocos. No demasiados.*  
–*Entonces, si hay tan pocos, tú también tendrás hambre. Come algo –dijo señalándole el montón que le había apartado antes–.*

*El lobo la miró sorprendido, inclinó su hocico hacia los frutos y tras olerlos unos instantes, los comió.*

Sin duda, la monja no hacía más que su trabajo pero comprendo que aun sin merecerlo, llegara a resultar tan anti-pática para todos, lo cual no sólo incluía a los niños sino también a nosotros. Al fin y al cabo, su presencia siempre anunciaba el final del recreo y por añadidura el del cuento. Hecho que, debo reconocer, no sólo contrariaba a la pobre Nuria sino también a mí. En otras palabras: allí estaba dando palmadas otra vez, reventando entre sus gran-

des manos las frágiles burbujas en cuyo interior flotaban nuestros sueños.

–Bueno, otra vez nos interrumpen –dijo Miguel–, mañana vengo y te cuento como sigue, ¿quieres?

–Sí, promételo.

–Claro que sí, te lo prometo.

Al contrario del día anterior, en el camino de vuelta al hotel nos mantuvimos completamente callados. Ninguno de los dos dijo una palabra. Aunque en ocasiones me era difícil comprender y más aún predecir, las reacciones de mi amigo, una parte de mi sabía que su silencio obedecía a un proceso meticuloso y esforzado de meditación. Miguel no era para mí tan misterioso como para serme desconocida la naturaleza bondadosa y a la vez emprendedora de su carácter, por lo que, estaba convencido de que mientras caminábamos, su cabeza buscaba denodadamente una solución que favoreciera o, de ser posible, resolviera la situación de Nuria.

Aquella mañana se debió anticipar el recreo unos minutos porque, cuando llegamos, Nuria ya nos esperaba de pie frente a la verja. No me acostumbraba a verla así, siempre sola, distanciada, teniendo por única ilusión la llegada de un desconocido para recibir el cariño y la atención que, probablemente, nunca antes había recibido.

–Hola pequeña, ¿cómo estás? ¿Creías que no íbamos a venir?

–No, sabía que vendrías.

Había algo de Miguel que despertaba en los niños una confianza inquebrantable. Siempre pensé que les causaba ese efecto porque así como a otras personas no les permitía franquear la guardia que sus brazos, siempre en alza mantenían, ante ellos la bajaba para dejar libre el acceso hacia el corazón noble y frágil que trataba de proteger tras ella.

–Bueno ¿Dónde nos quedamos ayer?

–El lobo se comió los frutos.

–Sí, ya me acuerdo.

*Pasaron los días y mientras ella se fortalecía gracias a la comida que él le llevaba, iban haciéndose más amigos cada vez. En cuanto pudo levantarse, la enseñó a ir por sí misma al río, a agitar las ramas de los árboles para recoger los frutos que caían y a orientarse cuando no supiese qué camino elegir. A pesar de todo lo que estaba aprendiendo, todavía era muy pequeña y los primeros copos de nieve empezaban a caer. Su madre no había venido aún para buscarla y el lobo no podría protegerla durante todo el invierno.*

*Era un lobo solitario, no tenía a nadie y tampoco conocía ninguna guarida donde dejarla hasta la primavera. Ahora era él quien tenía miedo. Miraba a la pequeña y se sentía incapaz de abandonarla. Sin embargo, el invierno ya casi estaba allí y tendría que llevársela si no quería que muriera.*

*No podían bajar al valle, tendría que defenderla de los lobos que hubiera en el camino y, tarde o temprano, alguna distracción, cualquier descuido, podría llevar a un terrible desenlace.*

*Aquella noche se acostó junto a ella. Ya hacía demasiado frío y pensó que así podría darle algo de calor. La pequeña puso la cabeza entre las patas de su amigo y se durmió. Él se quedó mirándola hasta el amanecer y, por fin, cuando vio salir el sol, sintió un poco de paz. Al menos aquella mañana no iba a nevar más.*

En ese preciso instante oí abrirse una puerta. La monja regresaba. Me pareció extraño, el recreo no había terminado aún. Al contrario de lo que tenía por costumbre, en esta ocasión permaneció bajo el umbral y dirigió una ojeada escrutadora hacia los niños como si buscara a alguno en particular.

Su mirada se detuvo en nosotros, comenzó a andar, cruzó el patio y llegó hasta la niña.

—Nuria, deja lo que estás haciendo, la madre superiora quiere verte.

A pesar de la rudeza de sus maneras algo en su mirada permitía adivinar ese fondo sensible y tierno que algunas personas guardan bajo la apariencia de un carácter fuerte.

—Me tengo que ir, ¿vendrás mañana a contarme más?

—Haré algo mejor que éso, vendré y te contaré como acaba. ¿Me das un beso?

La niña se inclinó hacia la verja y enmarcando sus mejillas entre dos barrotes se lo dio. Fue presenciar aquella escena

lo que me ayudó a comprender que entre los dos había algo puro y verdadero. Cuando, tras cruzar el patio desapareció por la puerta que daba acceso al edificio, Miguel, recuperado del estado de embelesamiento en el que había entrado mientras le veía marchar, dijo:

—Bueno, se me va a hacer tarde, debo irme. Tengo una cita con un abogado.

—¿Con un abogado?

—Sí, he hecho unas llamadas esta mañana temprano antes de venir. No le he dicho nada hasta ahora porque lo decidí anoche después de pensarlo detenidamente. Voy a empezar los trámites para adoptar a Nuria.

—¿Adoptarla? ¿Está usted seguro?

—Como no lo he estado en mi vida.

—Déjeme entonces que le dé mi enhorabuena. Le felicito de todo corazón.

No volvió hasta muy avanzada la tarde y entonces me contó lo sucedido. Sería lento, pero si el orfanato estaba de acuerdo y la niña también, no habría más problema que la espera. Lo demás podía darse por resuelto.

A la mañana siguiente no pude ir. Había dejado unos asuntos pendientes durante todos esos días y marchándonos al siguiente, como teníamos previsto, no me quedaría otra ocasión que ésa para resolverlos.

Cuando volví al hotel, sobre las siete de la tarde, lo encontré sentado en una butaca mirando por la ventana del salón. Por

algún motivo, tuve la impresión de que había permanecido así durante horas. Un mal presentimiento me sobrecogió.

—¿Cómo ha ido todo? —pregunté—.

—¿Recuerda usted a la monja que vino ayer a buscar a Nuria?

—Sí, ¿por qué?

—Fue para decirle algo que ha ocurrido.

—¿Qué ha pasado? —pregunté cada vez más intranquilo—.

—Ha aparecido su madre. Vino a llevársela ese mismo día. Al parecer, la había dejado a cargo del orfanato sólo por un tiempo.

—Entonces... ¿No ha podido verla? ¿Ni siquiera despedirse?

—No, cuando llegué a la verja ya no estaba.

—Es una lástima. Aunque, bien mirado, es lo mejor que podía pasarle.

—Sí, y estoy contento con eso.

Yo sé que era cierto. Lo estaba. Pero a pesar de ello, tanto en su voz como en su gesto se detectaba un aire apesadumbrado. Por otro lado, era muy comprensible, su esperanza acababa de desvanecerse.

—Bueno, voy a escribir unas cartas. Tenía que haberlo hecho hace días y se me ha echado el tiempo encima —dijo dirigiéndose a su habitación—.

Viéndole así, pensé que sería mejor contenerme pero al final la inquietud pudo conmigo y me atreví:

–Perdone un momento... Por calmar mi curiosidad, ¿le importa que le pregunte algo?, no es nada que no pueda esperar.

–Claro que no, dígame.

–Pues... quisiera saber cómo acaba el cuento.

–Felizmente. En el último día antes del invierno, su madre volvía a buscarla para llevarla al valle con el resto de la manada. Era una narración improvisada. No sé cómo lo hubiera hecho para que pareciera verosímil pero algo se me hubiera ocurrido.

–Claro, de todos modos no podía terminar de otra manera.

–No. En fin...estaré aquí por si me necesita.

Tras decir ésto, entró en su habitación y cerró la puerta.

Es cierto que el final del cuento era feliz pero un detalle me chocaba. En él no se decía nada sobre el lobo. Sé que para Miguel, la felicidad de Nuria era lo más importante, incluso por encima de la suya. Y sé también que se alegraba de que todo hubiera acabado así pero algo me decía que una parte de él hubiera preferido otra conclusión distinta para el cuento. No sabría decir...Quizá una en la que los dos amigos terminaran viviendo en algún valle, donde ni el invierno ni los lobos les pudieran alcanzar. Comprendo que sería un desenlace imposible, tratándose de dos especies que por naturaleza son presa y cazador pero, por otro lado, habría algo que lo hubiera hecho creíble, al fin y al cabo tenían una razón para unirse, una particularidad en común: ambos eran animales abandonados por sus manadas.